**El nacimiento virginal** ****

Lo que los dos evangelistas, Mateo y Lucas, nos relatan, de modo diferente y basándose en tradiciones distintas, sobre la concepción de Jesús por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María, es acontecimiento histórico real.

En los relatos de los Evangelios se conserva plenamente la unicidad del único Dios y la diferencia infinita entre Dios y la criatura. Solo, **la Palabra creadora de Dios, por sí sola, opera algo nuevo**. Jesús, nacido de María, es totalmente hombre y totalmente Dios, sin confusión y sin división, como precisará el Credo de Calcedonia en el año 451.

Los relatos de Mateo y Lucas., según su concepción de fondo, están firmemente asentados en la tradición bíblica del Dios Creador y Redentor. Pero, en cuanto a su contenido concreto, provienen de la tradición familiar, son una tradición transmitida que conserva hechos ocurridos.

«El misterio del nacimiento de Jesús... ¿ha sido tal vez añadido al comienzo del Evangelio en un segundo momento, o acaso no se demuestra con ello más bien que el misterio era ya conocido? Es sólo que no se quería hablar mucho de él y convertirlo en un acontecimiento al alcance de la mano».

Me parece normal que sólo después de la muerte de María el misterio pudiera hacerse público y entrar a formar parte de la tradición común del cristianismo naciente. Entonces se lo podía insertar también en el desarrollo de la doctrina cristológica y unirlo a la profesión de fe que reconocía en Jesús al Cristo, al Hijo de Dios. Pero no en el sentido de que la narración se hubiera desarrollado a partir de una idea, trasformando una idea en un hecho, sino a la inversa: el acontecimiento, el hecho dado a conocer en ese momento se convertía en objeto de reflexión para intentar comprenderlo. Desde la totalidad de la figura de Jesucristo se proyectaba una luz sobre este acontecimiento; inversamente, a partir del suceso se entendía más profundamente la lógica del misterio de Dios. El misterio del comienzo iluminaba lo que seguía y, al revés, la fe en Cristo ya desarrollada ayudaba a comprender el inicio, su carga de significado. Así se ha desarrollado la cristología.

En Mateo y Lucas se nos relata una historia muy humilde y, sin embargo, precisamente por ello de una grandeza impresionante. **Es la obediencia de María la que abre la puerta a Dios**. La Palabra de Dios, su Espíritu, crea en ella al niño. Lo crea a través de la puerta de su obediencia. Así pues, Jesús es el nuevo Adán, el nuevo comienzo: de la Virgen que está totalmente a disposición de la voluntad de Dios. De este modo se produce la nueva creación que se vincula al «*sí*» libre de ese ser humano que es María.

Tal vez puede decirse que los sueños secretos y confusos de la humanidad sobre un nuevo comienzo se han hecho realidad en este acontecimiento, en una realidad que sólo Dios podía crear.

¿Es verdad lo que decimos en el Credo: «*Creo en Jesucristo, su único Hijo [de Dios], nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen*»?

La respuesta es un «sí» sin reservas. Hay dos puntos en la historia de Jesús en los que la acción de Dios interviene directamente en el mundo material: **el parto de la Virgen y la resurrección del sepulcro**, **en el que Jesús no permaneció ni sufrió la corrupción**. Estos dos puntos son un escándalo para el espíritu moderno. Dios tiene permitido obrar en ideas y pensamientos, en la esfera espiritual, pero no en la materia, eso molesta, no es éste su lugar. Pero se trata precisamente de eso, a saber, de que **Dios es Dios, y no se mueve sólo en el mundo de las ideas**.

Aquí se trata de algo positivo: del poder creador de Dios, que abraza a todo ser. Por eso, estos dos puntos —el parto virginal y la resurrección real del sepulcro— son piedras de toque de la fe. Si Dios no tiene poder también sobre la materia, entonces no es Dios. Pero Él tiene ese poder, y **con la concepción y la resurrección de Jesucristo ha inaugurado una nueva creación.** Así, como Creador, es también nuestro Salvador. Por eso la concepción y el nacimiento de Jesús de la Virgen María son un elemento fundamental de nuestra fe y un signo luminoso de esperanza.

**Marco histórico y teológico de la narración del nacimiento en el *Evangelio de Lucas***

«*En aquellos días salió un decreto del emperador Augusto, ordenando hacer un censo del mundo entero*» (2,1). Lucas introduce con estas palabras su relato sobre el nacimiento de Jesús, y explica por qué ha tenido lugar en Belén. Un censo cuyo objeto era determinar y recaudar los impuestos es la razón por la cual José, con María, su esposa encinta, van de Nazaret a Belén. El nacimiento de Jesús en la ciudad de David se coloca en el marco de la gran historia universal, aunque el emperador nada sabe de esta gente sencilla que por causa suya está en viaje en un momento difícil; y así, aparentemente por casualidad, el Niño Jesús nacerá en el lugar de la promesa.

Para Lucas es importante el contexto histórico universal. Por primera vez se empadrona «*al mundo entero*». Por primera vez hay un gobierno y un reino que abarca el orbe. Y por vez primera hay una gran área pacificada, donde se registran los bienes de todos y se ponen al servicio de la comunidad. Sólo en este momento, en el que se da una comunión de derechos y bienes en gran escala, y hay una lengua universal que permite a una comunidad cultural entenderse en el modo de pensar y actuar, puede entrar en el mundo un mensaje universal de salvación, un portador universal de salvación: es, en efecto, «*la plenitud de los tiempos*».

El censo tiene lugar en los tiempos del rey Herodes el Grande que, sin embargo, ya había muerto en el año 4 a.C. El comienzo de nuestro cómputo del tiempo —la fijación del nacimiento de Jesús— se remonta al monje Dionisio el Exiguo (hacia 550), que, evidentemente se equivocó de algunos años en sus cálculos. La fecha histórica del nacimiento de Jesús se ha de fijar, por tanto, algún año antes.

El censo tuvo dos etapas: primero, el registro de todas las propiedades rústicas y urbanas y después, en una segunda vuelta, la determinación de los tributos que debían pagarse realmente. La primera etapa tuvo lugar en tiempos del nacimiento de Jesús, la segunda, que fue mucho más ofensiva para el pueblo, suscitó el levantamiento. Los interesados tenían que presentarse en el lugar donde poseían bienes raíces, podemos suponer que José, disponía de terrenos en Belén, de modo que tenía que ir allá para la recaudación de los impuestos.

El contenido esencial de los hechos referidos por Luca, continúa siendo, a pesar de todo, históricamente creíble: él había decidido —como dice en el prólogo de su Evangelio— «*comprobarlo todo exactamente*» (1,3). Obviamente, hizo esto con los medios a su alcance. Al fin y al cabo, él estaba más cerca de las fuentes y de los acontecimientos de lo que nosotros podemos pretender estarlo, no obstante, toda la erudición histórica.

Jesús ha nacido en una época que se puede determinar con precisión. Al comienzo de la actividad pública de Jesús, Lucas ofrece una vez más, una datación detallada y cuidadosa de aquel momento histórico: es el decimoquinto año del imperio de Tiberio. Se menciona además al gobernador romano de aquel año y a los tetrarcas de Galilea, Iturea y Traconítide, así como también al de Abilene, y luego a los jefes de los sacerdotes (*Lc* 3,1s).

Jesús pertenece a un tiempo que se puede determinar con precisión y a un entorno geográfico indicado con exactitud: lo universal y lo concreto se tocan recíprocamente. En él, el *Logos*, la Razón creadora de todas las cosas, ha entrado en el mundo. El *Logos* eterno se ha hecho hombre, y esto requiere el contexto del lugar y del tiempo. La fe está ligada a esta realidad concreta, aunque luego el espacio temporal y geográfico queda superado por la resurrección, y el «*ir por delante a Galilea*» del Señor (*Mt 28,7)*, introduce en la inmensidad abierta de la humanidad entera (*Mt* 28,16ss).

Está claro que Mateo no sabía que tanto José como María residían inicialmente en Nazaret. Por eso José, al volver de Egipto, quiere ir en un primer momento a Belén, y sólo la noticia de que en Judea reina un hijo de Herodes le induce a desviarse hacia Galilea. Para Lucas, en cambio, está claro desde el principio que la Sagrada Familia retornó a Nazaret tras los acontecimientos del nacimiento. Las dos diferentes líneas de tradición concuerdan en que el lugar del nacimiento de Jesús fue Belén. Si nos atenemos a las fuentes y no nos dejamos llevar por conjeturas personales, queda claro que Jesús nació en Belén y creció en Nazaret.

**Práctica semanal:**

Ante cuestionamientos de la religión o situaciones difíciles de la vida, ¿cómo está mi fe? ¿Mito, tradición o realidad? ¿Me esfuerzo por ir más a fondo en éstas cuestiones de fe?